

El uso del tiempo

Por: Jorge Alberto Naranjo Mesa

Autor

JORGE ALBERTO NARANJO MESA.

Ingeniero Civil de la Universidad Nacional. Doctor (Honoris Causa) en Ciencias Sociales - Universidad Autónoma Latinoamericana, 1987. Docente de la Universidad Nacional desde 1975, adscrito a la Facultad de Ciencias hasta 1984, y a la Facultad de Minas entre 1984 y 2005. En la actualidad es Decano de la Facultad de Ciencias Básicas de EAFIT.

Investigador, conferencista, autor de más de 200 publicaciones, entre ellas 14 libros, de carácter científico, crítico y literario.

DISTINCIONES

- Doctor en Ciencias Sociales. Honoris Causa. Universidad Autónoma Latinoamericana. 1987.
- Docencia excepcional. Universidad Nacional, sep 16, 1993.
- Medalla al mérito. Universidad Nacional, sep 16, 1993.
- Docencia excepcional. Universidad Nacional, sep 14, 1994.
- Docencia excepcional. Universidad Nacional, sep 01, 1995.
- Al Maestro, premio Apún, jun 6, 1995.
- Docencia excepcional. Universidad Nacional. Sep 14, 1998.
- Profesor Emérito. Universidad Nacional, sep 22, 2000.
- Maestro Universitario. Universidad Nacional, sep 10, 2002.
- Miembro de la Academia Antioqueña de Historia

CARGOS ADMINISTRATIVOS DESEMPEÑADOS

- Jefe de la Sección Física Moderna. Departamento de Física. 1978-1980
- Jefe de la Sección de Mecánica. Departamento de Física. 1980-1981
- Jefe de la Sección de Hidráulica y Mecánica de Fluidos. Dpto. de Ingeniería Civil. 1991-1992
- Coordinador de la Cátedra Pedro Nel Gómez, año 1998

Resumen

El valor de uso del tiempo no se pondera con rigor. Siempre se juzga al presente como parte de un proyecto que enlaza todos los momentos dentro de una actividad de más vasto alcance; el ahora tiene dimensión diferente al pasado-futuro, y puede expandirse indefinidamente, llenarse de actividades creadoras que sólo en un recorrido retrospectivo construyen un itinerario vital, sin aludir a proyectos por venir o a memorias nostálgicas. Los grandes creadores – Leonardo, Goethe – vivían en presente, pero hoy todos quisieran vivir en proyecto, sin darse cuenta de cómo se les escapa así la verdadera duración, la alegría de vivir.

Palabras claves

Tiempo, pasado-futuro, ahora, valor de uso del tiempo, faz mercantil del tiempo.

Abstract

The value of use of time is not considered rigorously. The present is always judged as part of a project that entwines all the moments within an activity of an ampler scope; the now has a different dimension than the past-future, and can expand indefinitely, fill itself up with creating-activities that only in a retrospective survey construct a vital itinerary, without alluding to projects to come or to nostalgic remembrances. The great creators – Leonardo, Goethe – lived in the present, but today everyone would like to live in project, without realizing how thus the real duration escapes them and the joy of living as well.

Key words

Time, past-future, the now, the worth of the use of time, the mercantile aspect of time.

El uso del tiempo

Por: Jorge Alberto Naranjo Mesa



||| POLITÉCNICA No. 2 | Medellín, noviembre - diciembre de 2005, p.p. 7-14

“En los ríos, el agua que tocas es la última que ha pasado y la primera que viene. Eso mismo sucede con el tiempo presente. La vida bien aprovechada es larga”.

Leonardo Da Vinci.

“Mantenerse atentos: esta es la clave contra el tiempo que pasa”.

Goethe

1. Un bien imponderable, precioso y abundante

La riqueza mayor, el recurso más inmediato y abundante, es el Tiempo. Pero es también, y habitualmente, lo que más se despilfarra. Muchos hombres viven como si les faltara siempre tiempo, y pierden el “ahora” anhelando el “después” y el “antes”. Cual si, colectivamente, se hiciera caso omiso de la sentencia del rey sabio: “Todo tiene su tiempo”, se ha ido convirtiendo al tiempo en bestia que acosa a los hombres, y que los posee. Pero el Tiempo tiene dos rostros y si, por su faz bestial, es acoso y es premura, por su otra faz es perseveración y constancia, pausa y

contemplación. El tiempo es pasajes y laberintos pero es también jardines y estaciones. Para muchos hombres, sin embargo, no pasa de ser caravana de segundos al galope: conocen el tiempo que transita y pasa, el pasado y el futuro, mas no saben habitar el presente de la duración. Del presente sólo conocen el “ir”. Llevados por el Tiempo, y por él poseídos, viven para siempre en la dimensión del proyecto, en plan de llegar a ser, en movimiento perpetuo, en inquietud permanente. Y es que si no se tiene la conciencia del ahora, de su vastedad y abundancia, se vivirá en “futuro anterior”, buscando más allá lo que se tiene a mano. Se vivirá como dice el filósofo, “un sueño con los ojos abiertos”.

2. La faz mercantil del tiempo

Se sigue creyendo que el tiempo es oro. Esta consigna, no más vieja que el capitalismo, es el invento de los que tienen el oro como pasatiempo, el tiempo reducido a su valor mercantil, y no dice nada sobre el valor de uso del tiempo. Si se mira bien, se trata de un Tiempo-Bestia, transmutando en oro una manera de vivir y de pensar, el suplicio de Tántalo elevado a la categoría de principio de vida, otro modo de Cronos devorar a sus hijos. La lógica industrialista sólo conoce la faz mercantil del Tiempo, el valor en oro del tiempo "gastado", "consumido", "empleado": impera el principio del "producir por producir", y no importa que, en rigor, se produzca menos de lo que podría hacerse, y que se produzca tan deficientemente, no importa que el mundo se llene de basura y que incluso la alegría se encarezca. Se vive en "la ebriedad del tiempo", como diría el filósofo. Se huye del ahora, se lo distorsiona convertido en instante o momento del proyecto, en escalón hacia el porvenir. Muchos hombres,

■ No puede haber una mayor pérdida de la libertad, no puede haber una peor renuncia de sí mismo, que la que sobreviene cuando se acepta que el "tiempo es oro".

por no decir el prototipo de los hombres que quiere formar la máquina del capitalismo global, no tienen tiempo para explorar otras maneras de durar, perseverar, habitar la humana residencia en el tiempo. Se les escapa el presente como el agua entre los dedos. Y uno se acuerda del anciano que, sentado en la parte oscura de la taberna, hace memoria de las mujeres que no amó, de los poemas que no escribió, de las novelas que no compuso, de las músicas que no

entonó cuando podía porque –pensaba lo haría mejor después, – "mañana". Vivía el presente como un futuro todavía inmaduro, y así estuviera en continuo aprendizaje, convencido de estar aprendiendo, no supo sino muy tarde que, al aplazar el encuentro con el ahora, se escapaba el tiempo de la creación.

Se comienza por huir del ahora, por escamotearlo en nombre de un futuro más pleno o de algún pasado que fue mejor, y el ahora termina por perderse. Entonces se diluye la posibilidad de ser dueño del tiempo, de habitarlo creativamente, de nutrirse del ahora como de una fuente de eterna juventud. El presente creativo se borra en el momento rutinario y en la automatización de los hábitos, en una productividad sin aliciente verdadero. En su producir sólo habrá un reproducir: de nuevo la vieja angustia, de nuevo el viejo vacío. Será un hombre sin presente ni presencia, y así parezca muy productivo –por lo menos muy bien proyectado– rara vez dejará de vivir perplejo consigo mismo, con su existencia de momentos. No tendrá tiempo propio, no habitará ningún presente particular. En su producir pasa de largo por el presente, de momento en momento, como mera traza del proceder que lo ocupa: en el momento de prender, de abrir válvulas, de cerrar circuitos; en el momento de llenar, verter, pesar, controlar, registrar, etc., etc. Siempre como rutina. Está preso de las pesadas cadenas del tiempo, aunque se le pague en oro....

No puede haber una mayor pérdida de la libertad, no puede haber una peor renuncia de sí mismo, que la que sobreviene cuando se acepta que el "tiempo es oro". Como afirmarse Marcel Proust, "una hora no es simplemente una hora, es un vaso lleno de perfumes, de sonidos, de proyectos, de climas". Si los hombres aprendiesen a concebir su relación con el tiempo como amos y no como siervos, si supiesen dominar el tiempo, se descubriría el absoluto sinsentido de la consigna según la cual tiempo es oro. En



verdad si se aprendiese a dominar al tiempo, hasta el oro llegará "por añadidura", y, en todo caso no será lo esencial, ni como principio, ni como medio, ni como fin.

Si se aprende a llegar al Presente, a percibirlo en toda su intensidad y singularidad; si se capta el temblor y el sonido de las cosas en su propio tiempo, en su Eterno Presente; si se aprende

cómo ponerse en presencia de las cosas, se hará claro que la existencia es una creación perpetua, una transformación que no se agota, un proceso agobiador y tenaz. Se comprenderá que el suplicio de Tántalo no es ajeno a la Naturaleza, que cada producto es arrastrado en un nuevo producir; que, pues, el Dolor, el deje triste, la insaciabilidad, son inmanentes a la naturaleza de las cosas. Y este espectáculo, con la mayor frecuencia, anonada a quien lo contempla. Son pocos los que saben contemplarlo con la serenidad de Leonardo Da Vinci:

"Piensa que la esperanza y el deseo de volver a la propia patria y al estado primero del caos es como el deseo de la polilla de ver la luz, y como el del hombre que anhela gozoso la nueva primavera y el nuevo verano, los nuevos meses y los nuevos años, sin darse cuenta de que desea su propia ruina. Este anhelo es en esencia el espíritu de los elementos, que se ve aprisionado como lo está el alma dentro del cuerpo, siempre suspirando por volver al lugar de origen. Yo quisiera que conociérais que esta nostalgia es esencial a la naturaleza, y que el hombre que así suspira es el tipo y modelo de los suspiros del mundo"

Casi todos, ante esta constatación, retroceden aterrados. Alguno verá cómo el "Ahora", ese ahora del cual había huido hasta entonces, se expande hasta abrazar la existencia, hasta reducir a proyecto nunca resuelto cada una de

sus obras; hasta arrastrarlas, en movimiento solidario con la lógica más terrible, a nada, a materia para nuevas creaciones, a restos indescifrables, a "desperdicios echados a voley" —que es en lo que consistiría el orden cósmico más bello según cierto filósofo llorón. Las ruinas de sí mismo, de una vez y para siempre...

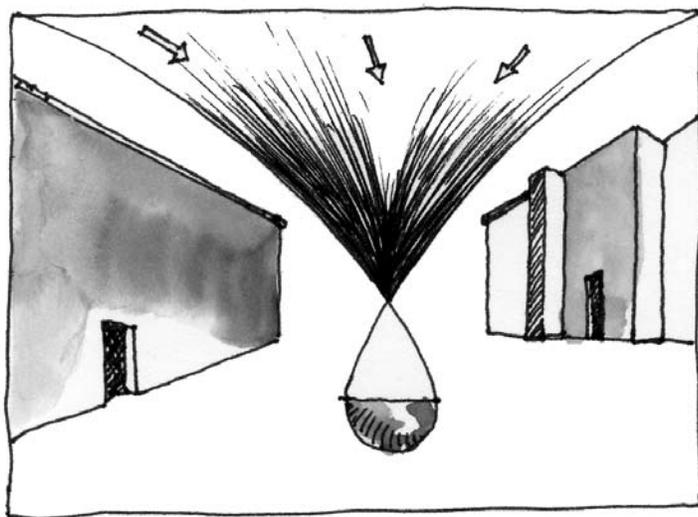
Y sin embargo, este Ahora sólo es un fantasma del verdadero Ahora. Este ahora Bestial, ese vahído de una naturaleza lleno de hastío, es apenas el modo como a la conciencia irrumpe el río de las abdicaciones y renunciaciones hechas a nombre de la vida como proyecto. Son las obras no hechas, mal hechas, son las promesas incumplidas, las cuotas de sí mismo que se han ido entregando cotidianamente en el despilfarro del presente. Es todo lo que no disimula el oro porvenir porque, justamente, llega "ahora". Y puesto que siempre se adiestró en huir de ese encuentro, ese hombre tal vez logre huir, por última vez, y se refugiará como un obseso en el trabajo, en un océano de proyectos, en el olvido de sí mismo.

Pero si ante esa imagen de su existencia actual, ofrecida por la Naturaleza a él como en un espejo y filtrada en su conciencia por un azar feliz —un deliro, un éxtasis, una iluminación, una lectura, un paisaje natural, etcétera— ese hombre supiera reírse de sus proyectos, supiera burlarse de esa pretendida evasión que realizaba proyectándose siempre; si pudiera vislumbrar el arco de sinrazón que lanza los dardos de razones puras, entonces ya no retornaría de nuevo al Tiempo, y al uso del tiempo, como esclavo crónico. Habría renovado su Alianza con el Tiempo Creador. Nunca más carecería de tiempo, dispondría del ahora como de un depósito inagotable. Se habría conquistado —como dijera Leonardo— una segunda naturaleza. O como dijera Carrasquilla: "en esta eterna novedad de cada instante, en esta alma que le vamos transmitiendo, minuto por minuto, a cuanto nos rodea, se cifra el poema de cada existencia".

3. El doble rostro del tiempo

El capitalismo es una gigantesca empresa de desposesión del ahora, un rapto del presente de los hombres. La retórica de la Tierra Prometida sólo funciona para los que viven en futuro anterior y en pasado pospuesto: esa Tierra Prometida no llega nunca, es un presente más allá de todo porvenir y de todo retorno. En el fondo se trata de un repudio a la existencia tal cual es.

Porque el Tiempo surge aquí, ahora. Sí, ¡ahora, ahora!: como un abanico de posibilidades, como un haz de preguntas, como un tapiz de móviles figuras, un anhelo que insiste. Puedo jugar con él, acelerarlo o retrasarlo, puedo seguir sus pliegues, hundirme en su flujo inagotable, avanzar río abajo y río arriba, estacionarme o dejarme arrastrar. Podría remontarme en formas potenciales, podría formar una coraza de participios pasados, emprender vuelos pluscuamperfectos sin riesgo de perderme ahora. ¡Es tan generosa la 'Duración'! ¿A qué apresurarse a regresar?



Y, de hecho, muchos no regresan. Se quedan en la contemplación de ese presente vasto como un mar, se quedan quietos, anonadados esta vez por el volumen del tiempo presente;

inactivos, incapaces de volver del tiempo de las cosas a su propio tiempo humano, desinteresados por las obras, conformes con ver el vahído de las cosas, la pululación interminable de productos siempre arrastrados, siempre arruinados por el paso del Tiempo. Extasiados por la deriva universal en el Eterno Presente, esos hombres se vuelven "los parásitos de lo viviente", los que San Juan del la Cruz llamaba "tontos de Dios". Nuestra cultura se ha venido poblando de estas víctimas del Tiempo Presente. Hay quienes pagan por permanecer en esa dimensión del Tiempo, hay quienes venden supuestos pasaportes al ahora. El capitalismo trafica con el presente de esos pobres desposeídos, el mundo mercantil les inventa un ahora siempre más oneroso.

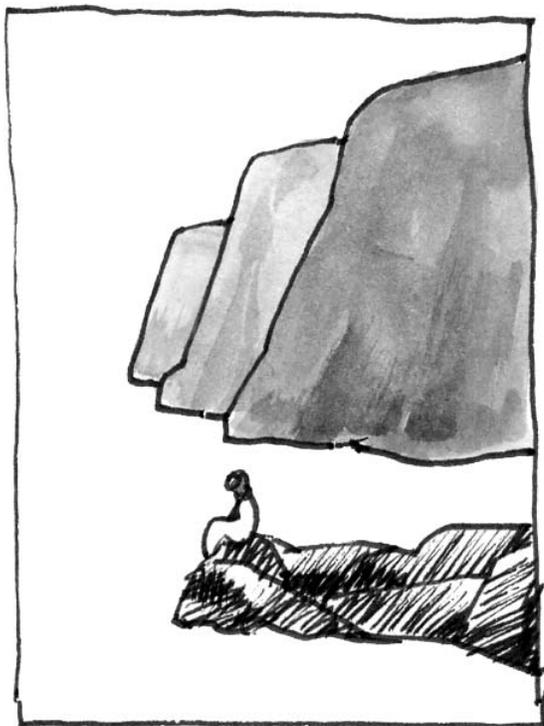
Se comienza pues por acercarse al presente, y se corre el peligro de querer permanecer, para siempre, en él. Otra manera de decir lo mismo: de huida del tiempo que pasa, se cae al presente duradero como una estación definitiva. No se quiere ya hacer nada, no se quiere sino aferrarse a la inacción: los paraísos artificiales. Y si a esta vocación nihilista se le pide regresar al tiempo de la Acción Humana, sólo podrá hacerlo bajo señuelos de perseverar más largamente en la misma condición.

El círculo vicioso de los desposeídos del dominio del Tiempo es que son sus esclavos en el trabajo y en la ociosidad, en el Tiempo que pasa y en el que dura, en el pasado y en el porvenir como en el ahora. Viven en un polo del Tiempo, como disyuntivamente: o es una aprensión, bestia que acosa, deber apremiante, o bien es relajación, distensión, parasitismo. O es acción obsesiva, o es inacción nihilista. Trabajos forzados, fiestas por fuerza. El mundo está lleno de seres desposeídos del dominio del Tiempo. Quieren hacerlo ser de una faz, o pasaje o jardín; pero el Tiempo así tratado, así concebido y vivido, es cronos devorador.

Debo, pues, regresar del Ahora. No basta con la crítica al tiempo del proyecto, a ninguna parte

conduce la huída del tiempo del trabajo. Incluso en el ocio, como dice en alguna parte Séneca, "es preciso tener conciencia del ocio". El círculo de la vida creadora debe llevarnos del tiempo que pasa al tiempo que dura, pero de ésta, nuevamente, a aquél: sólo es verdadera la acción que emite la contemplación. Este principio Kafkiano es fundamental para aprender a dominar el Tiempo y para escapar al nihilismo, sólo así la inacción se trasmuta en obras y el trabajo sabe reposar sereno en el ocio.

■ Es inútil querer dar algo a los demás si vamos a su encuentro con las manos vacías, si no podemos ofrecerles ningún fruto de nosotros mismos.



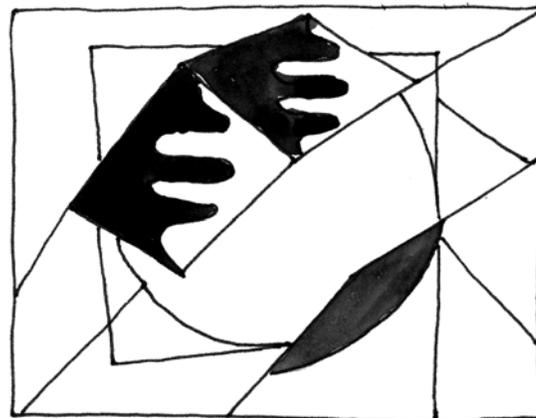
El culto del ahora, por sí solo, no nos libera. Vivir en el ahora es tan destructivo como vivir en proyecto. Es preciso –sería preciso– aprender a residir en las dos caras del tiempo. Aprender una manera diferente de ingresar en los circuitos de la acción y del proyecto, dar un contenido creador a nuestras relaciones con nosotros mismos y con los demás, relaciones que se construyen en la dimensión del tiempo del proyecto. Es inútil querer dar algo a los demás si vamos a su encuentro con las manos vacías, si no podemos ofrecerles ningún fruto de nosotros mismos. Pero si a ese encuentro vamos preñados de pensamientos y contemplaciones, si a ese encuentro con los hombres llevamos las emisiones decantadas de nuestra propia reflexión, los pensares acuñados en el tiempo de nuestra íntima duración, todo se trasmuta en ese encuentro, y hasta el tiempo de estar juntos brilla como el oro. El tiempo del proyecto se vivifica desde el tiempo presente.

Es una verdad predicada por hombres y mujeres de muy diversas culturas: podemos hacernos dueños del tiempo hasta erradicar toda aprensión con su paso o su presencia. El trabajo puede hacerse, y debe hacerse, perenne fuente de alegría. El deber, la responsabilidad, existen de dos maneras, según esta residencia en el Tiempo sea polar o bipolar. Para los esclavos del Tiempo el trabajo será un mal crónico y el deber será mas bien un "tú no vedes", una prohibición sempiterna, una coerción ineludible aunque insensata. Para los que dominan el Tiempo, el trabajo será el natural ejercicio de las facultades; y el deber será un "Tú puedes" equivalente a un "Tú debes" que ya no apremia, puesto que está en la lógica de las cosas que el verdadero querer sea el deber. Sucede como con esos "artistas" de Kafka, el del hambre, el del trapecio: la clave de su arte radica en que no podrían querer otra cosa que lo que les acontece.

4. El uso del tiempo

La mayoría de los hombres desconoce el uso creativo del Tiempo. Dejan que en sus vidas penetre el miedo al presente desde muy temprano, y delegan en las costumbres sociales que les digan cómo emplear, cada vez, el Tiempo. Despilfarran su tiempo propio esperando las noticias del tiempo ajeno. Consideremos, por ejemplo, a ese hombre actualizado, que lee las noticias en cuanto periódico cruza por su camino. A menudo esta actualización cotidiana no es sino el disimulo de su fuga ante el presente: incapaz de encontrarse sólo con un tiempo en floración, con un mundo que se ofrece extasiado a la contemplación, este sujeto interpone redes informáticas entre sí mismo y el depósito de libertad que le ha sido dado. Quizá sea más importante detenerse en la descripción de una calle que estar al día sobre los avatares de Afganistán o Chechenia. Nuestro mundo es una X desconocida para los que buscan el conocimiento, y así seguirá mientras huyamos de nuestro propio tiempo presente.

El grave problema de la mayoría de los hombres es que aceptan vivir en un mundo ajeno, en un tiempo prestado. Es el presente, es el aquí y ahora lo que se nos ofrece, el recurso más abundante de que disponemos. Ese es el Tiempo que despilfarramos, para vender el otro a los que tienen necesidad de él. Si a cada instante supiéramos asistir con la conciencia de su sentido en la doble dimensión del Tiempo, siempre sabríamos estar presentes en los lugares de nuestro encuentro con los demás, esto es, los circuitos de la acción. Daríamos a la vida de los otros, amor y alegría, descubrimientos y conocimientos, y sabríamos captar, en cada uno, otra fuente, al menos potencial, de la misma existencia. Lograríamos eso que el príncipe Hamlet llamaba escuchar la música de cada uno. Y sabríamos retirarnos a tiempo de los circuitos de la acción, para renovarnos y repensarnos. Este es un de-



recho inalienable de los seres humanos; pero si no se cultiva el sí mismo ¿quién reclamará ese derecho? "Si tuviera que esperar a palabras de fuera, a estímulos y alientos de fuera, dónde estaría yo, qué sería yo!", afirmaba Nietzsche. Pero la lógica de nuestro mundo quiere que los hombres dejen voluntariamente sin explorar zonas muy vastas de su alma; que se conformen con habitar en ciertas superficies de sí mismos con el alma represada y la pasión contenida. Una existencia operativa, es todo lo que se pide y nos llenamos de analfabetas funcionales. Sin embargo los hombres están cada vez más lejos de la existencia creadora: ¡cuán extraño es para ellos el presente, cuán difícil alcanzar ese Ahora donde arde, ecuánime y sereno, el fuego creador!. No obstante, en los hombres cabe la posibilidad de vivir permanentemente en la esfera creadora. La vida misteriosa, cargada de enigmas; el esplendor de la vida, están, como dice Kafka, "constantemente al acecho de todos, en toda su plenitud, pero velados, en la profundidad, invisibles, muy lejos. Pero allí están, en nada hostiles, en nada desgarrados ni sordos". Los hombres no sufren tanto por carecer de los instrumentos esenciales de la humanización cuanto por no saber usar los de que disponen, aquí, y ahora. Sufren con el Tiempo, se les agota, y no se dan cuenta de que, si se mantuvieran atentos, el tiempo que pasa sólo sería una hora que ensancha su frontera, una creación maravillosa que no cesa de obrar, un vaso de perfumes y el aliento de la eternidad.